

Ser ciertas por las muestras evidentes
Que vieron, y sospechas atrasadas,
Sin mas se detener un solo punto
Cargaron la comida recogida
En piezas y caballos á gran prisa,
Y con la misma fueron caminando
Con claro resplandor y con tiniebla
Sin que perdiesen tiempo, hasta tanto
Que cuando ya la noche demediaba
Se hallaron cercanos de sus casas:
Entraron arma dando por el pueblo,
Donde como velasen los mas dellos
Y estaban temerosos y avispados,
Los unos y los otros brevemente
Salieron á la plaza bien armados
Los caballeros todos y peones,
Y el capitán Velasco los dispuso
Al orden que mejor le parecia
Para poder valerse contra tanta
Muchedumbre de bárbaros, cursados
En guerras y borrascas tan continas;
A lo menos los indios señalados
Fueron mil y quinientos sin la chusma,
Los cuales se venían acercando,
Segun de las señales coligian,
Por oler á humadas de tabaco,
Bijas y tremeninas con que vienen
Untados cuando van á rompimiento;
Y no fueron allí de los antojos
Que dicen de quien bueyes ha perdido,
Pues salió con la luz el desengaño.
Porque cuando la lumbre del aurora
Venía descubriendo por oriente
Ahuyentando las tinieblas tristes,
Y á los escelsos montes restituíe
Sus colores nativos y verdores,
Salió la tempestad embravecida
Con los impetuosos accidentes
Que suelen cuando van determinados.
No tigre, no leon, no bestia fiera
Se mueve con denuedo tan terrible
Al tiempo que á la caza se abalanza
Para satisfacer vientre hambriento,
Cuanta fué la braveza y el orgullo
Que muestra la caterva carnícera
En el asalto duro y espantoso,
Con estruendo, ruido y alboroto
De horribonas bocinas y cornetas,
De canillas, de brazos ó de piernas
De sus contrarios muertos en la guerra,
Apresurados sonos de atambores
Y voces que confunden los oídos:
Entran volando flechas, duros dardos,
Y piedras de las hondas impelidas,
Picas en escuadron que perturbaban
A los caballos el entrar por ellos;
Y así los españoles por tres veces
Iban perdiendo tierra de la plaza,
Muchos de las espesas rociadas
De flechas y pedradas mal heridos.
En esta confusion atribulada,
Aquellos que tenían arcabuces
Derribaron algunos de las picas
Opuestas á los que iban á caballo,
Y hubo lugar por donde Juan Velasco
Y Leonel de Ovalle, que mil veces
Tentaron de rompellos y volvian
Al lugar do salian mal su grado,
Entraron en la fuerza mas entera,
Abriendo la carrera mas á gusto
Para poder valerse de las lanzas;
Acuden con espadas y rodela
Pero Sanchez de Oviedo, varon fuerte,
Pero Fernandez de Rivadeneyra,
Juan Ruiz Ruvian, ambos gallegos,
Un Antonio Machado, lusitano,
Mañuel Ruviales de Alcanchele
Y Juan Garcia Sátiva, nacido
En las tierras del campo de Arañuelo;
Acompañólos Juan Alonso Rubio
Ansimismo siguiendo los caballos,
Aquellos con las lanzas penetrantes

Y estos con las espadas afiladas;
Hechos tan señalados van haciendo,
Que no parecen ser fuerzas humanas:
Rompen cabezas, descoyuntan miembros,
Traspasan pechos, hombros desencasan,
En tal manera que la sangre corre
Por el compás del áspero conflicto,
Como nubes en agua ya resueltas
Que de los recios vientos sacudidas
Los sitios á que son correspondientes
Aniegan con la fuerza de sus gotas.
Acuden los restantes al triunfo,
Y declaróse mas con su venida,
Porque los bárbaros desordenados
De todo punto huyen, y volvieron
Mas de trescientos menos á sus casas,
Dejando de los nuestros con heridas
De yerba ponzoñosa diez ó doce,
Entrellos Juan Velasco, traspasado
Un brazo, y un flechazo por la cara,
Y el caballo de Leonel de Ovalle
Con siete, de los cuales uno pasa
Las fuertes armas de algodón colchadas,
Los bastos de la silla, la madera,
Sin que parase hasta las entrañas,
Quedando, no sin gran dolor del dueño,
Del resuello vital desamparado;
Otro le dieron á Rivadeneyra
Que entró por la nariz, y mas de palmo
De flecha le salió por el oreja.
Cantada la victoria, que podría
Canonizarse por maravillosa,
Socorren los heridos con la cura
Que hallan ser mejor contraveneno;
Mas en algunos fué la diligencia
Baldía, pues murieron tres ó cuatro,
Entrellos Juan Velasco su caudillo,
Valiente capitán y circunspecto,
Mancheño, natural de la Membrilla,
Por cuya desastrada muerte todos
Quedaron tristes y desconsolados;
Y como los negocios que entre manos
Tenian de la guerra comenzada
Eran de condicion que les cumplía
Tener grandes avisos y concierto,
So pena de perder allí las vidas,
Determinaron de nombrar cabeza
A quien prestasen todos obediencia,
Y en tal necesidad el orden diese
Que para su salud menester era;
Y así de voluntad de todos ellos
Salió nombrado Leonel de Ovalle,
Bastante para paz y para guerra,
El cual importunado de sus ruegos
El cuidado tomó sobre sus hombros,
Y vista la flaqueza que tenían
Para perseverar en aquel sitio
De gente tan guerrera rodeado,
Después de congregados los vecinos
Les dijo las palabras que se siguen:
«Señores, entended que donde quiera
A vuestra voluntad estoy rendido;
Pero, segun la mia, mas quisiera
Obedecer que ser obedecido,
Porque de mí conozco que cumpliera
Lo que por otro fuera proveído,
Pasando bien ó mal esta tormenta,
Sin que los yerros fueran á mi cuenta.
»Pero, pues os parece conveniente
Seguir mis pareceres y mi traza,
Considerando bien aquel terrible
Furor con que esta gente nos da caza,
Digo que los que sois es imposible
Poderos sustentar en esta plaza;
Y antes que llegue nuevo torbellino
Será bueno ponernos en camino.
»Error es esperar otra refriega
En tierra de tan áspero montisco,
Porque si mas pujanza se congrega,
El pueblo todo llevan abarrisco;
Y así, para gozar de rasa vega,
Pasémonos al valle de Norisco,

Pues en aquel, demás de ser mas llano,
A Santafé tenemos mas á mano,
A todos les cuadró lo que decía
Y luego lo pusieron en efecto,
Mas no pudieron tan secretamente
Que de los mas cercanos enemigos
No se supiese luego la partida;
Los cuales acudieron como lobos
Hambrientos á la presa que pretenden,
Y sin que reparasen un momento
Les fueron dando caza por aquellos
Caminos asperisimos que llevan,
Que hasta la provincia de Norisco
De siete leguas era la distancia.
Al fin les ocuparon ciertos pasos
Forzosos en aqueste su viaje
Los indios repartidos en tres partes,
Sin que dejasen senda ni portillo
Por adonde pudiesen deslizarse.
Están los afligidos españoles
Entre los unos y otros afirmados
Ya sin ningun recurso de comida
Llenos de angustias y desconfianza,
Y en un trabajo mas que miserable:
Un escuadron de bárbaros tenia
La contraria ribera de aquel rio
Que corre por el valle de Itúango,
Viaje de mas cómodo camino
A no tener aquel impedimento,
Azar terrible para su pasaje.
Estos serian hasta cuatrocientos
En una casa grande rancheados
A vista de los nuestros, y que siempre
Les daban grita con palabras feas,
Y denunciándoles infausta muerte.
El Leonel de Ovalle, conociendo
La desventura que los amenza,
Y condoliéndose de las mujeres,
Muchachos y la chusma de sirvientes,
Que después del favor de Dios estaban
En sus industrias buenas confiados,
Batió las alas del entendimiento
Para ver si podia dar alcance
A traza que les fuese saludable
En trance de salud enajenado,
Y donde los ministros de la muerte
Iban en crecimiento por momentos.
Al fin en un intento resuelto,
Llamó quince soldados valerosos,
Que por corrientes de profundas aguas
Sabian menear piernas y brazos,
Y dijoles: «Allí teneis enfrente
Quien de lo que hará nos desengaña,
Y todos conoceis precisamente
Adónde llega su rabiosa saña;
En un riesgo tan claro y evidente
Es menester valor y buena maña,
Y que de nuestra parte se procure
Algo que nuestras vidas asegure.
»Y en esta confusion entristecida
Habemos de tentar alguna suerte,
La cual, si no saliere bien medida,
A lo menos es bien que se concierte,
Pues es para remedio de la vida,
Y no venir á deshonrada muerte;
La divina bondad su favor preste
Al orden que daré, que será este:
»Por selles este rio como muro,
Aquellos bárbaros duermen sin velas:
Podemos bien pasallo con obscuro
A nado, con espadas y rodela;
Bajarnos hemos á lugar seguro
Hasta que se amortigüen sus candelas,
Señal del soporifero beleño,
Y entonces les daremos mortal sueño.
Dudosos estuvieron muchos dellos
Por se poner en riesgo conocido;
Mas viendo ser mayor el que esperaban
Segun la gente que se congregaba
Para romper con ellos otro día,
Dijeron selles útil el consejo,
Y á morir ó vivir les convenia

Hacerse prestos al dudoso hecho
Y así cuando las alas de la noche
Cubrian y ocultaban los colores
De selvas y de prados con el suyo,
Y á visíal potencia perturbaban
Lentos y soporíferos dulzores,
El Leonel de Ovalle con los quince
Por presurosas aguas van nadando,
Llevando cada cual de leves palos
A modo de escalera cierta balsa,
Porque con menos riesgo y mas descanso
Llevasen las espadas y rodela,
Con el cual adminículo seguros
Llegaron á poner los piés en tierra,
Y después de cobrar algun aliento
Hicieron oracion devotamente.
Partieron luego los determinados
Varones á su célebre hazaña
Con pasos atentados y movidos
Por las inteligencias del engaño,
Los corazones prontos, manos prestas,
Tentadas de rabioso rompimiento;
E ya cuando llegaron poco trecho
De la pajta casa, vieron velas
Que segun pareció hacian guardia:
Altéranse los pechos, y el enojo
Crió nuevos alientos, y acometen
Con la velocidad que jerifalte
Se va precipitando tras la presa;
Los unos en las velas ensangrientan
Espadas afiladas, y los otros
Ocuparon la puerta de la casa.
Recuerdan al ruido los que duermen:
Corre la confusion y el alboroto,
Por una y otra parte murmurando
Un bullicioso son y descompuesto,
Como cuando de puercos muchedumbre,
En el nocturno tiempo, de algun tigre
Fueron en los corrales asaltados,
Que suenan los ronquidos presurosos,
Y de los dientes y colmillos duros
Las amenazadoras tenazadas:
Que tales parecian los estruendos
De los arcos, macanas y las lanzas,
Al tiempo que en el ciego sobresalto
Las unas se tocaban con las otras
Para salir al campo donde puedan
Valerse de sus manos y pertrechos.
Baldias diligencias y perdidas,
Pues entre tanto que unos españoles
Impiden la salida, dividiendo
Cabezas de los hombros, tres ó cuatro
Por diferentes partes ponen fuego:
Estiéndense las llamas presurosas,
De los ventosos soplos impelidas,
Y así sin escapar cosa viviente
Quedaron convertidos en carbonos,
Y nuestros españoles victoriosos
Inmensas gracias dan al alto cielo.
Los cuales cuando por doradas puertas
Salían apolíneos yugales,
Y nocturno rocío relumbraba,
Herido de los rayos matutinos,
Dan orden como pasen sin peligro
El rio los restantes españoles
Y los imbeles niños y mujeres
Con toda la familia de servicio,
Sin que de los demás bárbaros, puestos
En otros pasos, fuesen contrastados,
Antes como supieron el suceso
Se volvieron confusos á sus casas.
Los nuestros prosiguieron su camino
Hasta llegar al valle de Norisco,
No sin deseo de le dar noticia
Al Andrés de Valdivia de sus daños;
Pero para hacer este recado
No se hallaba via ni remedio,
A causa de que ya toda la tierra
Estaba con rigor en armas puesta.
Mas como la veloce fama tiende
Por varias bocas acontecimientos,
Fuése de pueblo en pueblo rezumando

Aquel asalto de San Juan de Rodas,
Hasta venir á dar en los oídos
De los indios ladinos de Antioquia,
Donde Andrés de Valdivia recogía
Gente para llevar á su conquista;
Y siendo destas nuevas advertido,
Aunque no con mas llena certidumbre
De la que suele dar la mala nueva,
Con cincuenta soldados que tenía,
Caballos y pertrechos, aunque pocos,
Abrevió lo posible su camino,
Y sin les suceder cosa notable
Entraron en el valle de Norisco,
Adonde se juntaron con los otros
Inadvertidos desta su venida;
Mas, aunque repentina, fué crecido
El gozo y el contento que reciben
Los unos y los otros, que con brazos
Abiertos y amigables se saludan.
Al fin, después de dalle larga cuenta
Al Andrés de Valdivia del estado
De las provincias todas de la tierra,
Y descansar allí dos ó tres días,
Entraron en consulta los mayores
Para tractar del orden que ternian
En la refundación del nuevo pueblo,
Y qué sitio sería conuiniente;
Cuya resolución, aunque acorta,
Diremos en el canto venidero.

CANTO DECIMO.

En el cual se trata de la reedificación de San Juan de Rodas, y cómo Andrés de Valdivia se volvió á Santafé de Antioquia dejando por teniente á don Antonio Osorio de Paz con la gente que trajo.

No tiene tan precisos pareceres
En elecciones el humano seso,
Que del primer voleo vayan ciertos
A dar al blanco de lo que desean;
Y así lo que parece ser hoy bueno,
Mañana por ventura se reprueba,
Porque temporal curso va mostrando
Los daños ó provechos que resultan
De lo que por los hombres se tanea.
Desta manera nuestros españoles,
Considerando los inconvenientes
De tornar á poblar en aquel sitio
De Teco y Maritúe montuoso,
Donde por esperiencia conocian
Ser para sus diseños mal seguro,
Juzgaron ser mejor aquel asiento
Antiguo que llamaban Paramillo,
Donde fué su primero fundamento.
Allí de nuevo se hicieron ranchos
Y repartieron tierras y solares,
Nombrando sus alcaldes y rectores,
Con diligencias y solemnidades
Anejas á los tales nombramientos;
Y el Andrés de Valdivia, repartida
La tierra, mas por gusto que justicia,
A Santafé volvió dejando cargo
De justicia mayor y de teniente
A don Antonio Osorio de la Pace,
Un caballero de Ciudad-Rodrigo.
El cual con el deseo que tenía
De ganar opinion entre los indios,
Salió por la comarca contra ellos,
Y á fuego y sangre hizo gran estrago;
Mas no por eso concibieron miedo,
Antes mas indignados y protervos,
Viéndose de vigor menoscabados,
A sueldo procuraban valedores
De todas las montañas circunstantes,
Enviándoles prendas y rehenes,
Y entera certidumbre de la paga.
Y para que la guerra no cesase
Por falta de alimentos, desde luego
Ocuparon las manos en labranzas
Que de comunidad en cierto valle
De gran fertilidad hicieron todos

Dentro del señorío de Agrazava,
Uno de los caudillos desta guerra.
Mas el autor que todo lo movía
Era Pedro Catia, baptizado
Muchos años había, muy ladino,
Del servicio de un Francisco Lopez,
Al cual por ser astuto y animoso,
Y saber los secretos de los nuestros,
Que sin pensar sus tractos y cautelas
Unos y otros dél se confiaban,
Por general nombró toda la tierra
Para la guerra, que por sus industrias
Contra los españoles preparaban;
Y con las misivas el prevaricato,
A los católicos entretenía,
Con les traer de paz y amistad falsa
Al Agrazava y otros principales,
A vueltas de los cuales acudían
Gran cantidad de bárbaras mujeres,
Que de los españoles no se extrañan,
Antes los miran con lascivos ojos.
Entrestas una muy gallarda moza,
Hermana de Agrazava, también vino
A ver los españoles muchas veces;
Y como de las tramas y conciertos
Estaba satisfecha y enterada,
De compasión movida por ventura,
O por otros respetos amorosos,
Determinó hablar al don Antonio
Secretamente, para dalle cuenta
De lo que los caciques ordenaban;
Y con intérprete de quien la moza
Tenía ya segura confianza,
Le dijo las palabras que se siguen:
« Por no te ver en riesgo de la vida,
De piedad movida, quiero darte
Secretamente parte de la guerra
A que toda la tierra se convoca;
Y pues á todos toca semejante
Riesgo, ten adelante mas aviso,
Antes que de improviso quedés muerto,
Porque ternás por cierto que mi hermano
Y otros que tienen mano mas potente,
Ruegan á mucha gente les ayuden,
Y sé que les acuden de lugares
Millares de millares muy de veras:
Han hecho sementeras en gran copia
Para que por inopia de sustento
No dejen el sangriento desafío;
Y aqueste desvario quien lo guía
Es un Pedro Catia, lengua vuestra;
Aqueste los adiestra y él os vende.
Remedie quien entiende mis razones,
Porque no son ficciones las que digo
Antes como testigo las declaro
Porque hallen reparo las peleas;
Y para que me creas venir llana,
Pido como cristiana el agua santa,
Pues creo lo que canta la fe vuestra,
Y huyo la siniestra de bestiales,
Huyo mis naturales imprudentes,
Y á deudos y parientes, vulgo ciego,
Renuncio desde luego por entero,
Y entre vosotros quiero vivir siempre.
Oída la razon por don Antonio,
En gran perplejidad se vido puesto,
Pareciéndole ser novedad grande
Venir á declarar aquella moza
Las determinaciones del hermano;
Y discurriendo con el pensamiento
Por cosas que los hombres circunspectos
Suelen considerar antes que crean
Negocios que de suyo son pesados,
Sospechó que debía ser cautela
Por alguna pasión que su discurso
No bien comprendía ni alcanzaba.
Y así de los soldados hizo junta,
Y después de decir puntualmente,
Lo que la bárbara representaba,
Rogó que le dijese qué haría
En verificaciones del negocio;
Y de comun acuerdo determinan

Que la india dijese por tortura
Lo que de voluntad había dicho:
Diligencia no bien considerada,
Y término de gente mal medida.
Tormentos se le dieron finalmente,
Y en ellos siempre dijo lo que antes,
Sin que de la substancia discrepase
Ni de las intenciones que traía
De profesar la fe de Jesucristo:
Lo cual hizo después devotamente,
Dándosele por nombre Catalina;
Y aquel desgusto grande no fué parte
Para de sus propósitos movella,
Que piamente debe de creerse
Venir de santos soplos inspirada,
Porque permaneció y hoy permanece
En la santa creencia y observancia.
Estando pues los españoles ciertos
Deste rebelion, porque hallaron
Aquella gran grandeza de labranzas
Y otros indicios claros y evidentes,
A su Pedro Catia procuraron
Prender secretamente, y él astuto
Estando del intento sospechoso,
No quiso mas volver á los cristianos
Como vió que la india Catalina,
De lo qué meneaba sabidora,
Estaba de propósito con ellos;
Mas ordenó que fuesen los caciques
Con simulada paz como solian,
Para que conociesen con aviso
Si acaso su traicion se rezumaba.
A lo cual fueron luego dos hermanos,
Tucure y Agrazava, y ansimismo
Chacuri, Nuguireta, Tacúica,
Tacujurango y otros principales,
Con algunos regalos de comida,
A los cuales prendieron en llegando,
Poniéndolos á todos en clausura
Con guardas vigilantes y prisiones,
Y avisan al Valdivia por la posta
Del riguroso trance que esperaban,
Y las necesidades de socorro,
Pues por dar libertad á los caciques
Acudiria poderosa hueste;
Y en tanto que venía la respuesta
El pueblo se velaba todas horas,
Sin caerse las armas de la mano.
En este tiempo, sin saber Valdivia
Aquestos desabridos movimientos,
Había proveídoles ganado
Con solos diez soldados, confiando
Que los del nuevo pueblo les saldrian
A cierta parte donde por sus cartas
Les había con indios avisado,
Para metello mas seguramente
En las estancias del moderno pueblo;
Mas estas no llegaron á sus manos,
Porque los portadoras yanaconas
Fueron en el camino salteados,
Y así vinieron solos su viaje,
Acompañados siempre del peligro
Que con muerte cruel amenazaba:
El uno destes era sacerdote
Que se llamaba Juan Ruiz de Atienza,
Cuya virtud á mí me fué notoria
Un tiempo que tuvimos un hospicio
Y no menos lo es en el presente
En la gobernación donde reside;
El cual de santa caridad movido
En este riesgo puso su persona
Por ir á consolar aquella gente
Que deste ministerio carecía.
Llegados pues adonde gran posible
De duras armas era necesario
Para salir ilesos de las manos
De bárbaros opuestos al encuentro,
No solamente no les acometen,
Mas antes con pacíficos semblantes
A dar lo necesario se convidan;
Y así les proveyeron de alimentos
Y los acompañaron, ayudando

A llevar el ganado que traían
Hasta ponellos sin recibir daño
Cerca del pueblo de San Juan de Rodas,
Donde se despidieron dando quejas
Del don Antonio por haber prendido
Debajo de amistad tantos caciques,
Y aquellos no pasaban adelante
Por escusarse de otra tal molestia.
Llegaron pues los diez al pueblo nuevo,
Que no menos lo fué de su venida,
Con gran admiración solemnizada
Por los vecinos del desque supieron
Haber pasado sin tener contraste
Por tan endurecido barbarismo;
Y hizo muy mayor aquel espanto
Dándoles cuenta de la cortesía
Y liberalidad de que con ellos
Usaron y llaneza nunca vista;
Sobre lo cual algunos afirmaban
Que ya necesidad los compelia
A procurar la paz, porque con guerra
Vian su perdición y su ruina,
Mas otros lo contrario porfiaban
Porque decían ser estratagemas
Por los asegurar con esta muestra,
Y acometelles viendo coyuntura.
Al fin, destas contrarias opiniones
Aquella que mas ocio prometía,
Como sucede por la mayor parte,
Parece que les dió mas en el gusto,
Segun aquel enfermo que lo toma
En el manjar que mas daño le hace;
Y así deste socorro confiados
Y de la gran blandura que los indios
Les mostraron al tiempo que venían,
Se fueron á dormir á sus posadas
Debajo de sencilla centinela,
Y no como solian en la plaza
Velando por sus cuartos cada noche,
Sin reservarse nadie del trabajo.
De manera que cuando son los ojos
Presos del soporífero sosiego,
Los bárbaros astutos se venían
A las modernas casas acercando,
Cuyo sitio y asiento no tenía
Para poder llegar mas de una entrada,
Y esta por una muy angosta loma
Como de cuatro pasos el anchura,
Que todos los demás eran lugares
Para los rodear inaccesibles,
Y el pueblo dentro dellos no tan llano
Que faltasen algunas costezuelas;
Cuya comodidad á los incautos
Vecinos por ventura dió la vida,
Pues á poder entrar la hueste junta
Y no por el forzoso contadero,
Fuera miraculosa contingencia
Quedar alguno dellos con la vida.
Al tiempo pues que la gallarda Venus
Venía descubriendo sus dorados
Copetes por las puertas del Aurora,
Reventó la apostema represada,
Y aquella tempestad impetuosa
Rompió por el estrecho y angostura.
La centinela huye, y arma dando
Convoca los vecinos soñolientos:
Responde de cornetas al instante
Horrisono tumulto y estampida,
Y á las primeras casas ponen fuego.
Corre la turbación y desatino
Por algunos vecinos, de tal suerte
Que con tener las armas donde duermen
Prestas para cualquiera sobresalto,
Unos no las hallaban, y otros toman
Imbeles instrumentos y escusados,
Segun á naufragantes acontece
Cuando la nave repentinamente
Es de las altas ondas sumergida,
Que de la tabla, del barril ó caja
Procura cada uno de valerle,
Aunque sea con vanas esperanzas.
Destos un Fernán Sanchez, animoso

Vecino, natural de la Membrilla,
Acudió mal armado, y acomete
Con ánimo soberbio y alterado;
Mas al salir de casa ponderoso
Golpe le desmenuza las quijadas,
Dando con él en tierra, y allí queda
El alma con la sangre vomitando.
Joan de Ortega, de Ubeda, venia
Con pasos presurosos, sin rodela;
Pero volante piedra que de honda
Venia por los aires impelida
Le quebrantó las sienas, y los ojos
Perdieron luego la virtud visiva:
El cuerpo se tendió por aquel suelo,
Y despedida del alma huye.
Pedro de Vega junto del se halla,
Mejor apercebido, mas en balde
Quiso teñir los filos del espada,
Por anticipacion de dura flecha
Que las venas rompió de la garganta,
Por donde desaguó luego la vida.
En este tiempo salen á la plaza
Armados con espadas y rodela
Un Pero Sanchez, natural de Estrella,
Cerca de Talavera de la Reina,
Y un Juan Mateos Corzo, de Segura
De Leon, y con estos juntamente
Estéban de Ribera de Albuquerque
Con un Juan de Cotura, valenciano,
Y Diego de Guzmán, el de Segovia,
Los tres ó cuatro dellos en camisa;
Pero con pensamientos arrojados,
Al precio del honor, sin que temores
De muerte se les pongan por delante,
Ocurren al entrada de la loma
Por donde se venia deslizando
Aquella tempestad fiera y horrible,
Y por ella rompieron como cuando
El fulminoso fuego descendiendo
De la media region del aire rasga
El húmido nublado contrapuesto,
Y el tortuoso vuelo desmenuza
Acero, hierro y otros materiales:
Ansi rompen ijares, y cabezas
Saltaban de los hombros despedidas;
Piernas, brazos y manos descoyuntan,
Y al fin detienen el impetuoso
Curso de la creciente y avenida.
Como peñascos que temblor de tierra
Les hizo que bajasen del altura
Y fueron á parar á la corriente
Del agua, y ocupando la salida
Por diferentes partes se derrama,
Por el obstáculo que halla puesto
En el lugar por do correr solia:
No menos fué la furia desta gente
Por estos cinco solos impedida,
Porque con esta brava resistencia
A los de fuera y dentro defendieron
Ansi la entrada como la salida,
De tal manera que los de caballo
Tuvieron tiempo para bien armarse
Y de cebar las lanzas en aquellos
Primeros que saltaron en el pueblo;
Acudieron ansimismo peones
Reportados y mas en orden puestos;
Y unos y otros tal maña se dieron
Que dejaron muy pocos con la vida.
Cantóse la victoria finalmente,
La cual después de Dios, de cuya mano
Recibieron aqueste beneficio,
Fué por el gran valor de aquellos cinco,
De los cuales Estéban de Ribera
Y el Pero Sanchez fueron mal heridos,
Mas no halló lugar la dura parca,
Por ser con buena cura socorridos.
Y en este rompimiento sanguinoso
No menos se mostraron esforzados
Y belicosos Juan Alonso Rubio,
Juan Rüz de Buensuelo, que lo huella
Con sangre por sus manos derramada,
Y un Alonso Martin Merchan, que merca

A riesgo de su vida clara fama;
Y todos los demás, que no pasaban
De treinta y seis con los recién venidos,
De cuyos nombres no se me dió copia
Para los celebrar, segun merecen
Tan raras valentias y hazañas:
De las cuales aquesta merecia
Ser de mas alta lira celebrada,
Pues eran los contrarios tres quinientos,
Robustos, esforzados y atrevidos,
Y con preparacion de varias armas,
Y en ellas todos diestros y cursados.
Y así la multitud que quedó fuera
No hizo mudamiento por entonces,
Antes portérmino de cuatro dias
Tuvieron sitiados á los nuestros,
Que por amedrentallos, á su vista,
De los caciques que tenían presos
Aborcaron los dos, á Nguireta
Y á Chacuri, con otros ciertos indios
Que por su valor eran estimados;
Mas aqueste castigo fué fomento
De mas indignacion y mayor ira:
Y así corrieron todas las estancias
Que tenían pobladas los vecinos,
Los cuales destruyeron y quemaron,
Dando crüeles muertes á los indios
Y negros que tenían de servicio;
Ansimismo talaron las labranzas,
Refugio principal de los vecinos,
Y achaque para que después Valdivia
Los hiciese mudar de aquel asiento,
Como se tractará mas largamente
En el proceso del siguiente canto.

CANTO UNDECIMO.

Donde se tracta del socorro que trajo el gobernador Andrés de Valdivia,
la mudanza del pueblo de San Juan de Rodas, con otros varios sucesos,
y cómo vino de España declarado no caer en el gobierno de Valdivia
Santafé de Antioquia, ni San Juan de Rodas.

Las argucias del hombre caviloso,
Las urdiembres y tramas de sus telas,
Son como las que tejen las arañas
Fáciles de romper, y sus colores
De poca duracion, porque desdican
Cada y cuando que son examinadas
En toque de verdad, que es el verdete
De que usan los aurífices queriendo
Ver aquello que dudan ser buen oro,
El cual si por ventura se vestia
Del rubio resplandor sin la substancia,
Ninguna señal deja de quilates;
Como también la roja margarita
Engaña nuestra vista muchas veces,
Y en ardiente crisol hecha la prueba,
En vaporoso humo se va toda:
Desta manera fueron las argucias
Y vanas subtilezas del Valdivia,
Torciendo con sofisticas razones
La letra del despacho que traia;
Y los de Santafé, como sabian
Mejor menear armas que cautelas,
Creyeron el sentido que les daba
A las reales cédulas, y luego
Fué por gobernador obedecido.
Y como con mas sólidas razones
Y menos aparato de palabras
Siguiese don Hierónimo de Silva
En consejo de Indias esta causa,
Vinole declarado por sentencia
No caer en gobierno del Valdivia
La dicha villa ni San Juan de Rodas;
Y así cayó la máquina compuesta
Por orden de vanilocas industrias.
Viéndose destas suertes despedido,
Pueblos que le hacian muy al caso
Para se sustentar en su gobierno
Y autorizallo con mayor posible,
Puso los ojos y los pensamientos
En cosas arduas y dificultosas,
Facilitándolas con su juicio.

Del cual muy confiado presumia
Con un palmo de hilo hacer redes
Tan largas y tan gruesas que con ellas
Pudiese rodear el universo;
Porque con poco número de gente,
En un tiempo y en una coyuntura,
Tentó poblar en diferentes partes,
Que para cada cual menester era
La cantidad de gente que tenia
El primer pueblo dellos Antioquia
La vieja, do quedaron oficiales
En la caja real, y por teniente
Antonio de Tovar, el tesorero;
Mas la refundacion no fué durable,
Porque poco después gente catia
Vino sobrellos, y antes que llegasen
Al pueblo dieron fin de tres soldados
Inadvertidos, que encontraron fuera;
Y esta venida fué con tal aviso
Que los de la ciudad no lo tuvieron.
Mas remediólo la bondad inmensa
Con rara y espantosa maravilla,
Lo cual yo no pusiera por escripto
Si no fueran personas fidedignas
Aquellas que la dictan á mi pluma:
Y fué, que la mañana que venian
A dar en la ciudad, el tesorero
Y otros amigos suyos juntamente
Querian almorzar en su posada
Puchas ó poleadas, cuyo nombre
Es en aquestas partes mazamorra,
Entonces por ventura gran regalo,
Porque tenían leche para ella,
Y aquesta cuando por las porcelanas
Se difundia, fué, segun afirman
En finisima sangre convertida:
Amarillez mortal ocupó luego
Todos los rostros de los convidados,
Y los pálidos miembros destilaban
Un sudor frio con el gran espanto,
De tal suerte que los turbados pechos
No podian dar fuerzas á la lengua
Para decir palabra bien formada,
Como á quien opresion de pesadilla
Fatiga hasta tanto que recuerda;
Mas esta turbacion y sobresalto
En alguna manera despedidos,
Ocurren á las armas y caballos,
Y sin mas esperar á los efectos
Con quel prodigio los amenazaba,
A Santafé se fueron retrayendo
Dejando la ciudad desamparada.
Y así cesó por parte del Valdivia
Aquesta poblacion que pretendia
Hacer cabeza del gobierno suyo.
También antes que entrase con socorro
Esta postrera vez á los que estaban
Necesitados en San Juan de Rodas,
Habia despachado mas soldados
Con otro capitán Juan de Zavala
Y con el capitán Rodrigo Pardo,
Que es hoy factor real en este reino,
A conquistar la tierra de chocoes
Y las que con el Darien confinan,
Para fundar ciudades do hallasen
Buena comodidad en aquel suelo,
Que es una pasta de oro, si la tierra
Fuera para vivir mas apacible,
Pero ninguna mas incomportable
Ni mas perjudicial al ser humano,
Por ser anegadiza, montuosa,
Con otras cien mil plagas insufribles,
Y cuyas influencias solamente
Son adaptadas para criar oro,
De que gozan algunos naturales,
Rarísimos, en árboles subidos,
Sobre los cuales tejen barbacoas,
Y en ellas sus turgiosos ó chozuelas,
Por las inundaciones de los rios,
Que suelen ser allí cotidianas:
Vivienda vil y mas que miserable.
Y así de su viaje trabajoso,

Que fué cuasi de un año la tardanza,
Pudiéramos hacer largo volumen
Si fuéramos particularizando
La terribilidad de los trabajos
En el discurso del acontecidos;
Pero diremos una sola cosa
Dicha por el factor Rodrigo Pardo
Y Francisco Mantilla de los Rios,
Que vive de presente donde vivo.
Aquesta fué que cuando se volvian,
Perdidos los caballos y sirvientes,
Desnudos, desarmados y hambrientos,
Y de setenta y tantos españoles
Mas de los treinta dellos fallecidos,
Venia muy enfermo Fernan Perez,
Mancebo natural de Salamanca,
E ya desamparado totalmente
De fuerzas y vigor con que pudiese
Proceder adelante con los otros,
Que con poca mas fuerza se movian,
Junto de la ribera de un arroyo
Se recostó diciendo: «Dios os guie
Y á mi provea de conocimiento
Con que de su bondad no desconfie
En este mi final acabamiento;
Pues para caminar aunque porfie
Fáltame lo mejor, que es el aliento;
Al ánima dé Dios salud y cura,
Quel cuerpo no la tiene ni ventura.»
Hallóse junto del Rodrigo Pardo,
Que para todos era gran alivio,
Ansi con obras como gran razones
Cristianas y animosas, y responde:
«Buen ánimo, señor, valor y brío,
Que á vuestra condicion no le es honesto
Hacer un tan notable desvario,
Pues á cada cual veis ir mal dispuesto;
Volved, volved en vos, que yo confío
En Dios que hallareis remedio presto,
Porque llevamos ya senda trillada,
La cual nos ha de dar tierra poblada.»
Otras muchas razones le decia,
Ayudándole porque se levante;
Mas no bastó su buena diligencia,
Por lo hallar imposibilitado,
Y él mismo lo despide con aquesto:
«Señor, ningún trabajo mas perdido
Que lo que procurais en este caso;
Porque me voy, del orto despedido,
A mas andar la via del ocaño.
Una merced tan solamente pido,
Y es que me la hagais de aquese vaso
Para beber con él desta agua clara
Mientras la vida no me desampara.»
Viendo ser por demás hacer instancia
En que se levantase, dióle luego
El vaso que pidió, y una cruz puso
En el mismo lugar, no sin suspiros,
Y de su ruego lo llegó mas cerca
De la corriente, porque con la mano
Pudiese coger agua de aquel rio;
Y así se despidió con grave pena,
Amonestándole por muchas veces
Que nunca divirtiese la memoria
En desvanecimientos transitorios,
Sino que siempre la tuviese puesta
En quien por él habia padecido
Y por la redencion del mundo todo,
En árbol y figura semejante
De aquel que le dejaba por amparo,
Pues la necesidad lugar no daba
A le favorecer con otras cosas,
Y que con armas de oracion contina
Se defendiese de las tentaciones
Del infernal dragon, que siempre busca
Animas que tragar, principalmente
En tal tiempo y en tales ocasiones;
Y que cualquiera golpe resistiese
Con el escudo de la fe cristiana.
Aquesto dicho, pasan adelante,
No sin el afliccion con que caminan
Aquellos que no tienen certidumbre

De hallar el remedio que desean,
 Antes la que tienen por mas cierta
 Era morir de hambre todos ellos;
 Mas aquella divina Providencia,
 A cabo ya de seis ó siete dias
 Que la flaqueza y la desconfianza
 En tal angustia los tenia puestos,
 Que muchos se quedaban desmayados,
 Proveyó de remedio, porque dieron
 En ciertas poblaciones abundantes
 De la substancia que era necesaria
 Al adelantamiento de sus vidas;
 Y con ser los vecinos de aquel suelo
 Asperos y crüeles por estremo,
 Y tantos que podian fácilmente
 Cortalles el estambre de la vida,
 Por ir debilitados y no juntos,
 Mas derramados y con el desorden
 Que llevan los que van á quien mas puede,
 Se mostraron tan pios y benignos
 Que los acariciaron en sus casas
 Y proveyeron de lo que tenían,
 En tiempo que lo vil y menos sano
 Les fuera cordial mantenimiento;
 Y no solos aquellos que llegaron
 Primero recibieron beneficio,
 Pero manifestándoles por señas
 Quedar otros atras que no podrian
 Llegar sin les llevar algun socorro,
 En ese mismo punto se cargaron
 Algunos indios dellos de comida,
 Y así como los iban encontrando
 Les iban proveyendo, hasta tanto
 Que los metieron dentro de su pueblo,
 Adonde se estuvieron reformando
 Por mas espacio de cuarenta dias.
 Después volviendo por aquel camino,
 Por ser aquella la derecha via
 Para salir á pueblos de españoles,
 Llegaron al paraje do dejaron
 Al Fernán Perez, y reconocido,
 Habló Rodrigo Pardo con los otros,
 Y dijóles: «Si puede tino mio
 Tener verificados pareceres,
 Aqueste me parece ser el rio
 Do dejamos al pobre Fernán Perez:
 Suplicoos que, pues es poco desvío
 Y son caritativos menesteres,
 Que lleguemos á ver su desventura:
 Daremos á sus huesos sepultura.»
 Todos condescendiendo con su ruego
 Llegaron á la cruz que quedó puesta,
 Y vieron al soldado de la suerte
 Y en el mismo lugar que lo dejaron
 Habia ya sobre cincuenta dias:
 Acuden con el tacto de las manos,
 Y conocieron que tenia vida;
 Mas aunque lo llamaban por su nombre,
 Dándole voces, nada respondia.
 Pero Rodrigo Pardo, con deseo
 De se certificar enteramente,
 Con la carne de mico que llevaba
 Asada para su matalotaje,
 Le refregó los dientes y la boca,
 Procurando con grande vehemencia
 Hacelle traspasar alguna brizna:
 En efecto, se vido que mostraba
 Algun tanto de mas vital muelle;
 Torzaron á dar voces, preguntando
 Si conocia ser sus compañeros,
 Y respondió con una voz muy débil:
 «No veo, que la vista me fallece;
 Pero si no me engañan los sentidos
 Voz de Rodrigo Pardo me parece
 Aquesta que me toca los oidos.»
 No se puede pintar el alegría
 Que recibieron todos desde vieron
 Que con algun acuerdo les hablaba;
 Y así reiterando las preguntas
 Con encarecimiento le rogaron
 Que se esforzase para declaralles
 Cómo pudo vivir tan largo tiempo

En aquella montaña tenebrosa,
 En el húmido suelo recostado,
 Al agua pluviosa y al sereno,
 Sin ropa ni recurso de comida,
 Y en tanta soledad y desconsuelo;
 O quién le proveia de alimento,
 Porque vivir sin él hombres mortales
 En tan prolijo número de dias,
 Tenianlo por caso milagroso.

El Fernán Perez luego les enseña
 Una crucita de oro bien labrada,
 Que pesaria como seis tomines,
 Inclusa y engastada dentro della
 Una astillica muy sutil de palo,
 Y dijoles con voz mas esforzada:
 «Nunca jamás gusté mantenimiento
 Después que me quedé, ni tal he visto
 En esta soledad y descontento.

«Pero la piedad de Jesucristo
 Le dió virtud al agua que bebia
 De substancial y necesario pisto.
 »Porque esta cruz en ella la metia,
 La cual contiene parte del madero
 En que Dios padeció por culpa mia.

«Ovela yo de cierto caballero
 Canónigo que fué de Salamanca,
 En su fin y remate postrimero.»

Oida la razon por todos ellos,
 No sin admiracion, y dando gracias
 Al Obrador de tantas maravillas,
 Prostráronse por tierra y adoraron
 Aquella preciosísima reliquia,
 Porque les pareció, segun la obra
 Tan rara, tan estraña y admirable,
 Que sería segun les declaraba,
 Y quel árbol que dió fruto de vida
 Al hombre que quedaba quasi muerto.

También se la daria hasta tanto
 Que con preparaciones de cristiano
 Pasase por do pasan los mortales.
 Y luego dieron orden como fuese
 En hombros de los indios de servicio,
 Ayudándole todos, hasta tanto
 Que entraron en pacíficas regiones
 De indios obedientes ya subyectos,
 Do lo dejaron muy encomendado
 Y á un criado suyo yanacóna
 Del servicio del mismo Fernán Perez;
 Mas el dicho Factor Rodrigo Pardo
 No me sabe decir el fin que tuvo,
 Porque llegados á las ciudades
 Y pueblos de españoles, cada uno
 Procuró solamente su remedio,
 Por diferentes vias derramados,
 Y algunos se volvieron al Valdivia.

Al cual, segun que deyo declarado,
 En Santafé le fué notificada
 La provision real y la sentencia
 Cerca de no caer en su gobierno
 Aquellos pueblos dos fundados antes
 Que la merced á él se le hiciese.
 Y así con la presteza con que suele
 Astuto negociante prevenirse,
 Antes que la noticia les llegase
 A los que estaban en San Juan de Ródas,
 Determinó partirse con la gente
 Que pudo recoger; y porque supo
 Por lengua de los indios contractantes
 Estar en gran angustia por lo dicho
 En los versos del canto precedente,
 En tanto que mas gente recogia
 Despachó diez ó doce compañeros
 Con municiones, y por su caudillo
 Al capitán Francisco Maldonado,
 Un vecino que fué de Caramanta,
 El cual dió perfeccion á su camino
 En pocos dias con aquel socorro.
 Y su llegada fué ya demediado

Diciembre por el año de setenta
 Y tres, á deseada coyuntura,
 A causa de que todos los del pueblo
 Estaban puestos en tan gran peligro

Por falta de alimento, que no vian
 Otro refugio que mas cierto fuese
 Que perecer, pues con la misma vida
 Se habia de comprar si lo buscaban,
 Por la gran vigilancia de los indios,
 Continuas asechanzas, y dispuestos
 A dar con mas hervor y mas pujanza
 En los que conocian temerosos,
 Quedos y acorralados en su sitio.
 Pero como llegasen los que digo
 Con buenas municiones, desterróse
 El pálido temor y cuerdo miedo,
 Y así salieron á buscar comida
 Veinte y cinco soldados principales
 Con un Juan Lopez Bravo por caudillo,
 Soldado de gran uso y experiencia,
 Y hombre no menos cauto que valiente.
 En este mismo tiempo se movieron
 Los bárbaros protervos con intento
 De no dejar las armas de las manos
 Hasta desarraigar la nueva planta,
 Y dar á las católicas entrañas
 En sus voraces vientres sepultura;
 E yendo nuestra gente sin sospecha
 De tal encuentro, repentinamente
 Dieron en el ejército pagano
 Que venia marchando con el orden
 Y recato que suele gente diestra,
 Acaudillándolos Pedro Catia,
 Capitán general de la caterva.
 ¿Qué habian de hacer en tal estremo?
 Porque volver atrás no convenia,
 Por ser camino cierto de la muerte,
 Y acometer á tanta muchedumbre
 Grande temeridad por consiguiente,
 Pues la dificultad les declaraba
 A todos el remate de su vida.

Pero como Juan Lopez Bravo viesse
 No se poder usar de otro remedio
 Sino de rompimiento, dijo luego:
 «A ellos, caballeros, que sin duda
 Conoceréis por vero testimonio
 Que valen mas los pocos con ayuda
 De Dios, que muchos con la del demonio.»

Disparan arcabuces al momento,
 Y con hilos de alambre las pelotas,
 Que van rompiendo pechos, brazos, cuellos,
 Con una y otra carga derribando
 Penachos y coronas por el suelo;
 Soltáronse los perros que traian
 Cebados en entrañas infieles,
 Y en breve tiempo hacen tal estrago,
 Que se confunden y se desordenan
 Los unos y los otros escuadrones
 Sin dárseles lugar á rehacerse,
 En tal manera que desatinados
 Volvieron las espaldas, y los nuestros
 Siguiéron el alcance derramando
 Infinidad de sangre, de tal suerte
 Que les pedian ya misericordia,
 Ajena de sus ritos y costumbres;
 Y un indio desde un alto les decia:
 «Cesen, cristianos, cesen las matanzas,
 Que sangrientos estais hasta los codos:
 Dejad algunos que hagan labranzas
 De que comais y que comamos todos.»

Bastó para cesar oír aquesto
 Y para que pensasen quel castigo
 Inopinado les ponía freno.
 Principalmente por haber caido
 En el mortal rigor Pedro Catia,
 Aunque también se dice que los indios
 Son los que lo mataron y comieron
 Después deste recuento sanguinoso,
 Por les facilitar este triunfo,
 Cuya dificultad hizo notoria
 La caída de tantos indios diestros,
 Diciendo que bastaba defenderse
 En sus terrenos de los españoles
 Sin illos á buscar á sus albergues.

Habiendo pues ganado la batalla
 Con desesperacion acometida,

Los pocos españoles acordaron
 Volver á su ciudad, imaginando
 Que los astutos indios revolvieran
 A dar en ella viéndolos absentes;
 Y aunque mal proveidos de sustento
 Efectuaron luego la partida.
 Donde con gusto de los atendientes
 Representaron este vencimiento
 Que los regocijó con esperanzas
 De poder atraellos á lo bueno;
 Mas aunque se hicieron diligencias
 Modestas y de cierto cumplimiento,
 La bárbara dureza pertinace
 Nunca jamás dió muestras de blandura.
 Lo cual reconocido, determinan
 Con mas severidad probar la mano;
 Mas el hilo cortó de sus intentos
 El Andrés de Valdivia, porque vino
 En aquella sazón con poca gente,
 Pues aquestos y aquellos computados
 Eran dos ó tres menos de cincuenta;
 Y como no sabian ser escluso
 Del jurídico mando deste pueblo,
 Fué con aplauso grande recibido
 Y con aquel respecto que debian
 A su gobernador, y él ansimismo
 Se les mostró benigno y apacible,
 Comedidísimo, grato y afable
 Con unos y con otros, de tal suerte
 Que para sus propósitos los tuvo
 Muy prontos, adaptados y compuestos.
 Y así después de tres ó cuatro dias
 Habiéndosele dado larga cuenta
 De sus necesidades, y cuán duros
 Eran en dar la paz los naturales,
 Juntólos en las casas de cabildo,
 Y hizoles aqueste parlamento:

«Caballeros, amigos, de quien fio
 Aquello que es en mí de mas momento,
 Paréceme notable desvario
 Permanecer tres años en asiento
 De tan protervo y aspero gentío,
 Y en tan reconocido detrimento,
 Que es de sus mejoras la mas cierta
 Retracto vivo de esperanza muerta.

»Porque, como sabeis á costa vuestra,
 Los indios deste pueblo mas cercanos
 De mala digestion han dado muestra,
 Y con dificultad los hareis llanos:
 Lleguémonos á gente menos diestra
 Y de menos contracto con cristianos,
 Con el cual suelen aun los mas subyectos
 Perder algunas veces los respetos.

»Será lo mas seguro y acertado
 En esta turbacion el mudamiento,
 A lo menos por tiempo limitado,
 Para volver con otro fundamento,
 Pues que reconocéis ser escusado
 El procurrar aqui mantenimiento,
 E ya que lo halleis, es la comida
 Comprada con el precio de la vida.

»Cauca rio teneis bien á la mano
 Dos leguas solamente de distancia,
 El estalaje tengo por tan sano
 De mas fertilidad y mas substancia,
 Pues dado caso que nos falte grano,
 Hay de pescado y fructas abundancia:
 Mudémonos á él y á su ribera,
 Tractaremos con gente mas sincera.

»Para restauracion deste quebranto
 No se puede tomar mejor camino;
 Y en aquel rio ya sabemos cuánto
 Tesoro se recoge de oro fino:
 Alguno buscaremos entretanto
 Que llega Pedro Pinto Vellorino,
 El cual verná sin duda brevemente
 Con razonable número de gente.

»Porque este favorece mi jornada
 Debajo de concierto conveniente:
 Persona sabeis ser acreditada,
 De condicion modesta y apacible,
 Y para recoger gente granada

Tiene sagacidades y posible :
Allí dareis el orden desde venga
Que para nuestros fines mas convenga.
» Aquesto me parece y es intento
Que de buena razon no se divierte,
Pues el cotidiano descontento
En vida mas quieta se convierte,
Y el esperar aquí mejoramiento
Es andar vacilando con la muerte :
Vuestra comodidad quiero, y es esta
Si medis con mi gusto la respuesta.
Dijo; mas las palabras encubrian
Diversas intenciones en su pecho,
Porque su pretension era sacallos
Con este paliado parlamento
Afuera del ajeno territorio
Para valerse dellos en la tierra
De su gobernacion, que limitaban
El rio Cauca y de la Magdalena;
Y á la resolucion se dió tal priesa,
Antes que por aviso de vecinos
De Santafé tuviesen certidumbre
Estar todos exentos de su mando,
Que con aquel respecto y obediencia
Que de gobernador le daban antes,
Dieron á su querer consentimiento,
Sin que ninguno lo contradijese,
Escepto Alonso Diaz, un alcalde,
Que tuvo diferentes pareceres;
Mas como singular, fué rebatido
Su voto, y en efecto despoblaron,
Y se llegaron al rio de Cauca,
A la demediacion del mes de enero.
Asentaron real en la ribera
Donde Valdivia deseaba vellos,
Y como sus intentos fuesen otros
De los que con la lengua predicaba,
Antes pasar el rio desde donde
Comenzaban los términos anejos
A su gobernacion, segun he dicho,
Otro dia después de su llegada
Hizo junta de todos en su rancho,
Y con el enerjia y eficacia
Con que daba tropel á sus razones
Les dijo : « Caballeros, grandemente
He deseado por do mas estrecho
Aqueste rio corre hacer puente,
Porque sería celebrado hecho,
Para lo cual á tan heroica gente
Solo resta querer poner el pecho,
Como quien sabe dar fin á las cosas
Mas arduas y muy mas dificultosas.
» Que para nuestros fines y demandas,
Soldados valerosos, nos conviene
Aprovecharnos por entrambas bandas
Y rastrear lo que la tierra tiene :
Esta solicitud irá por tandas,
Y á mí me dad el cargo que la ordene,
Pues no será trabajo tan durable
Que lo tengamos por intolerable.
» Pues de cueros de vacas retorcidos
Haremos las maromas ó ramales,
Con bejucos espesos y tejidos
Segun suelen aquestos naturales,
A una y otra banda bien asidos,
Abincados estantes y puntales,
Y pasarán algunos cuando fuere
Menester y algun caso lo pidiere.
» Este motivo ruego se consulte,
Por ser aquí de muy gran importancia,
E ya podría ser que del resulte
A todos crecidísima ganancia,
O por no la hacer se nos oculte
Alguna tierra de mayor substancia :
Si ha de ser tarde, hágase temprano,
Y pongamos en ella luego mano.
» Cuadróles la razon á todos ellos,
Pareciéndoles ir encaminada
Al provecho comun, de cuya causa
Pusieron luego manos en la obra
Con tal solicitud y diligencia,
Que en espacio de diez ó doce dias

Le dieron conclusion, que fué difícil
Y trabajosa por la gran distancia.
El Andrés de Valdivia, como viese
Conclusa y acabada la pendiente
Puente, sin un momento de tardanza
Hizo pasar por ella diez soldados
De los mas avisados y bríos,
De quien él presumía que tenían
Algun resabio de sus intenciones,
Los cuales fueron muy de mala gana;
Mas so color de descubrir caminos
En efecto pasó la demás gente
El dia santo de la Candelaria
O Purificacion, solemne fiesta
De aquella que nació purificada,
A nado los ganados por el agua,
Pero la mayor parte de las vacas
Y puercos y caballos se volvieron
Temerosos del impetu del rio,
Y salieron á partes diferentes,
De suerte que de todos recogieron
Setenta y nueve vacas solamente
Y veinte y un caballos, cuya falta
No dejó de ser grande desavío
Para prosecucion de su jornada;
Cuyos sucesos callo por agora,
Con presupuesto de poner la mano
En ellos en el canto venidero.

CANTO DUODECIMO.

Donde se da razon de lo que hizo el gobernador Andrés de Valdivia después que tuvo la gente de la otra parte del rio Cauca.

Mucho pueden palabras comedidas
Y términos afables en las gentes;
Y el conocer los tiempos y usar dellos,
Moderando las cosas con templanza,
Es un cierto camino por do pueden
Llegar los hombres á lo que desean;
Y esta sagacidad no se podría
Negar en el Valdivia totalmente
En los principios de sus pretensiones
Con todos los soldados que seguian
El son exterior de sus acentos.
Y así, después que ya los tuvo puestos
En la contraria parte de aquel rio,
Manifestó su pecho claramente
Haciéndoles aqueste parlamento :
« Señores, ya hollais aquesta parte
En quien español nunca hizo mella,
Ni plantaron cristianos estandarte
Aunque morian por llegar á ella;
Agora será bien que me descarte,
Visto que pié católico la huella,
Porque sería grave maleficio
Usar de mas cubierta y artificio.
» Vuestras mercedes sepan quel rey manda
Y viene por sentencia declarado
Que mi gobierno sea desta banda
Sin lo que fué por Popayán poblado;
Mas sustentar los pueblos; qué demanda,
Trabajo, riesgo y oro me ha costado!
Y el daros y aviáros compañeros,
Ansimismo se hizo con dineros.
» Y pues son oculares los testigos
De cómo di favor á la vivienda
De los modernos y de los antiguos,
No me culpeis metiendo tanta prenda,
Por quererme valer de mis amigos
Con quien he despendido mi hacienda
Y gastaré con fuerzas y con mañas
Mi propio corazon y mis entrañas.
» Conozco que por mí quedó desierto
Pueblo do cada cual tenía suerte;
Pero del gozo dellas lo mas cierto
Era de lo quel bien en mal convierte :
Que ya camino viades abierto
Para todos morir infausta muerte,
De lo cual daba claros desengaños

Experiencia que pasa de tres años.
» En los cuales, demás de la penuria
Que cerca del comer se padecia,
Fueron notables daños con injuria
De muertes de españoles cada dia,
Sin poder refrenar aquella furia
Que tiene siempre la nacion catia,
Que morirá mil muertes cada hora
Por no pagar tributo ni demora.
» Acá los riesgos no serán tan graves
En recuentos y faltas de comida,
Porque venís á tierra de nutaves,
Gente ni vencedora ni vencida :
Nosotros somos las primeras llaves
Desta puerta sin sernos defendida,
E ya sabeis por fama que publica
Ser esta tierra sumamente rica.
» En los repartimientos y otros dones
Que de rico caudal la tierra cria,
Entendereis que gratificaciones
No tienen de faltar por parte mia;
Amigos somos, y estas aficiones
Antiguas no ternán mano vacia,
Lo cual prometo con intento sano
Y católico pecho de cristiano.
» Socorro nos verná de cierta ciencia
Con el capitán Pinto Vellorino;
Y á quien le pareciere ser demencia
Ir en prosecucion deste camino,
Libre y abierta tiene la licencia
Para volverse por adonde vino :
Haga su voluntad en este dia,
Porque ya le declaro yo la mia.
» Puente para pasar se tiene puesta,
Y puesta se estará cuanto durare :
Pido resolucion en la respuesta,
Y cada cual su pecho me declare;
Pues salidos de aquí, hallará presta
Y dura punicion quien me dejare,
Porque yo por ningún inconveniente
Tengo de revolver atrás la frente.
» Así habló, y estando los soldados
Mirándose los unos á los otros,
Algunos admirados del astucia
Que tuvo para que se despoblases,
A Juan Lopez de Oviedo dieron mano
Para que le responda, y así dijo :
« Señor gobernador, tan buen semblante
Hay acá como allá para serviros,
Y ninguno será tan inconstante
Que no lo haga, porque sé deciros
Que la presuncion de ir mas adelante
Acá no faltará para seguirus,
Y á cualquier riesgo que pongais el pecho
No hallareis el nuestro ser estrecho.
» Valdivia recibió contentamiento
Viendo tan á su gusto la respuesta,
Y tuvo cumplimientos cortesanos
Bastantes á cazar las voluntades
De los que por ventura las tenían
A diferentes fines inclinadas;
Mas Antonio Machado, que vecino
Fué después de la villa de Antioquia
Le dijo : « Yo, señor, no determino
Solapar ni cubrir con apariencia
Mi cierta voluntad y mi desino,
El cual de los demás se diferencia;
Y así para seguir otro camino
Suplicoos que me deis libre licencia,
Porque me quiero volver á la villa
De Santafé, do tengo mi casilla.
» Valdivia se la dió liberalmente;
Y aunque con grande riesgo de la vida,
Como sabia bien toda la tierra
Y era soldado de valor y maña,
Por bosques y montañas encubierto
Llegó donde queria brevemente.
El Valdivia con los que le restaban,
Que de cuarenta y seis era la copia,
Y veinte negros suyos que tenia
Y otros doscientos indios de servicio
De los que cada cual dellos llevaba,

Proceden adelante por caminos
Bien anchos y seguidos que les daban
Indicios de soberbias poblaciones;
Y así dieron á nueve de febrero
En un valle llamado de Guarcama,
Que por contemplacion del que gobierna
Valle de San Andrés heredó nombre,
Como le llaman hoy los españoles :
Cuya fertilidad los incitaba
A ver lo mas secreto de la tierra,
Con pronta voluntad encaminada
A vivienda que fuese permanente,
Porque los convidaba la frescura
De fructíferas plantas y arboledas,
En campos abundantes de labranzas
Regadas de las aguas cristalinas,
Terreno sano, claro, descubierta,
Desabonado de montisca sombra,
Por longitud de hasta veinte leguas,
Y en latitud tenía diez ó doce,
A trechos pueblos ricos y opulentos
Por minas, por labor y granjerias
De los algodones que poseen,
De que se hacen telas razonables,
Blancas y variadas en colores.
» Eran los principales y caudillos,
Que tenían distintos sus albergues,
Do cada cual mandaba sus subyectos,
Guarcama, Cuerpia, Pipiman, Oceta,
Maquira y Aguasici, pero destes
Divisos y apartados mas afuera
Del valle muchos otros, como fueron
Omoga, Negueri, Yusca, Aguataba,
Abaniqui, Cüercia, Taquiburi,
Mocataco, Cuerquici, con Carime,
Y otros algunos hombres belicosos,
Flecheros, carniceros y herbolarios,
Destruimos en guerra por estremos,
Y en acometimientos tan precitos
Que los efectos no corrían menos
Que la velocidad del pensamiento
En dar ejecucion á sus conceptos;
Mas por entonces, como gente nueva
En la conversacion de los cristianos,
Tuviéronles respecto y obediencia,
Saliéndoles de paz y con socorro
De comida, por ellos deseada,
Los principales indios deste valle,
A la boca del cual hicieron pausa,
Personas y caballos reformando,
Y preparando sayos estofados
Como hallaron copia de algodones,
Espacio y dilacion de nueve dias.
Al cabo de los cuales se pasaron
Tres leguas adelante do tenía,
El capitán Oceta su dominio,
En el cual estuvieron alojados
Mucho mas tiempo sin hacer mudanza,
Sin conocer en indio mal resabio,
Antes amor y voluntad sincera.
Y como ya la fama publicase
El amistad y paz destas provincias,
Emulos del Valdivia lo supieron
En Santafé por indios contractantes,
Y estos fueron los indios tahambies
Que Bartolomé Sanchez Torreblanca
En encomienda tiene de presente,
Que son á los nutaves convecinos,
Y emparentados unos con los otros;
Y quíerese decir quel Torreblanca
Pesándole de ver el buen suceso,
Por odio que al Valdivia le tenía,
A sus encomendados persuade
Que pasasen al valle de Guarcama
Y que con gran instancia procurasen
Apartar á los indios del intento
De conservar la paz con tales hombres,
Sino que los matasen si pudiesen,
O les hiciesen guerra hasta tanto
Que los desarraigasen de su tierra,
Por ser gente de malos pensamientos,
Engañadores, falsos, fementidos,